

E S P A C I O . A B I E R T O

El cuarto espacio

SIMONE BRAGEOT

Maestra-Psicomotricista

A lo largo de los años como psicomotricista, fui introduciendo poco a poco un cuarto espacio al final de los tres primeros enseñados por el profesor Aucouturier. Respondió a un deseo de lógica en la progresión de las actividades de los niños y en la observación de la progresiva lentificación y cambio de actitudes que mostraban.

Recapacitaré de manera breve sobre lo que ocurre en una sala de psicomotricidad para poder enlazar con mi propio trabajo.

En el espacio sensoriomotor, por el cual el niño estaba sutilmente llamado a pasar primero, él se precipitaba en un arranque de todo el cuerpo, haciendo alarde de fuerza motriz y agilidad, en un trabajo global sobre la tonicidad. Los gritos confirmaban la movilización de una interioridad emocional que les hacía pasar poco a poco a otra actividad más elaborada, menos física.

En el espacio simbólico conquistado la conducta más reposada se multiplicaba a veces en

ensayos contrarios “maldad-bondad”. El niño investigaba toda clase de guiones y comportamientos fingidos que dejaban paso poco a poco a una actitud más reflexiva.

Alcanzada esta nueva modalidad, el niño lentificaba aún más su actividad corporal en provecho de unas ocupaciones más reflexivas y más individuales. Empezado en una era de expansión alegre, su comportamiento actual era fruto de una distanciamiento emocional en provecho de una concentración más tranquila y silenciosa.

Fue cuando tuve la curiosidad de añadir entre el tercer espacio y el ritual de salida un nuevo espacio hecho de inmovilidad total tan física como mental. Al principio no sabía si los niños iban a aceptar el reto. La experiencia me demostró que les entusiasmó. Esta actividad, que podía aparecer artificial en otros momentos de la vida escolar, tomaba aquí todo su significado, acompañado de los beneficios sobre la conducta (especialmente en los niños movidos o agresivos, que tenían en este momento un punto de referencia de sus propias capacidades de auto-control), y todos podían descubrir, tocándola con el dedo, una vida interior que no sospechaban y que les enriquecía.

Empecé de manera natural e intuitiva, aprovechando el círculo sentado del ritual de salida. Pedí a los niños que se cogiesen de las manos para no sentirse solos. Les pedí que irguieran lo más posible las espaldas y que se mantuvieran en esta postura con las piernas cruzadas. Les había advertido antes que iban a realizar la cosa más difícil de hacer en este mundo: quedarse totalmente quietos. Este reto les impresiona so-

E S P A C I O . A B I E R T O

bremanera y era con una entrega total como intentaban seguir las instrucciones: ahora tenían que cerrarlos ojos. Para algunos, esto era otra dificultad: la pérdida de control. Llamaba a su valentía y les hacía ver que, después de desarrollar su fuerza de “fuera”, iban a reforzar su fuerza de “dentro”. Les hacía saber que yo me quedaba con ellos con los ojos abiertos, y que vigilaba por ellos. A continuación les decía en voz tenue que iba a contar lentamente hasta veinte y que ellos tenían que seguirme con atención. Para más emoción y para premiar su buena voluntad, les permitía gritar al final con todas sus fuerzas una sola vez.

Y funcionó. Fui alargando más y más el tiempo de concentración, hasta parar a 120. A veces repetíamos y el éxito era el mismo siempre.

A partir de 40 ó 60, la inmovilidad y el silencio eran totales. Algo se podía sentir en cuanto al grupo: el auto-control y a la vez la comunión. El grupo estaba cohesionado. Después del grito, los niños estaban de nuevo alegres pero no alborotados como me venían al principio de la clase.

Seguía el ritual de salida con las verbalizaciones que servían de toma de conciencia de lo vivido. Posteriormente en su vida escolar, este ejercicio les sirvió de punto de referencia. “Eres capaz de controlarte. Te he visto. Acuérdate.”

Sirvió para dar un ritmo binario contrastado al trabajo de la clase en cada actividad: un mo-

mento de libertad y de creación privada a través del juego y un momento de enriquecimiento clásico con concentración en el trabajo colectivo. De esto hablaremos en otro momento.

Unos años más tarde, encontré esta frase en un libro de Rajneesh que decía así: “El objetivo de la energía es la evolución, y la evolución no es otra cosa que el cambio de frecuencia vibratoria, es decir el paso de un estado condensado (la materia, el cuerpo) a otros estados cada vez más sutiles. “Pensé que en esto, Piaget y sus espacios y Rajneesh estaban de acuerdo aunque éste último nos llevaba más lejos hacia la espiritualidad.

